

EL MILAGROSO NACIMIENTO DE LA ALIANZA DEL ATLANTICO NORTE

- Por Escott REID.
- De la revista "Politics" nº 6/80.
- Traducido por el CN. D. Luis FERNANDEZ BECEIRO.

Los que hemos participado en las negociaciones del Tratado del Atlántico Norte, durante doce largos meses (comenzadas el 22 de marzo de 1948), sabemos que podíamos haber conseguido un tratado mejor, pero, que también podríamos haberlo conseguido peor, e incluso que podríamos no haberlo conseguido. Contemplado ahora el problema con la perspectiva que dan los treinta años largos transcurridos me parece a mí que, a principios del año 1948, un observador inteligente habría afirmado que una alianza militar entre los EE.UU., Gran Bretaña y otros países europeos occidentales, era imposible: la inercia, el escepticismo y la oposición, tanto en los EUA, como en Francia y Bélgica, era tan grande, que el objetivo parecía inalcanzable.

LOS ESTADOS UNIDOS

El Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores que había comenzado sus sesiones en Londres el 25 de noviembre de 1947, las finalizó, en un ambiente de desacuerdo total, el 15 de diciembre. Aquella tarde, el Ministro británico, Ernest Bevin, le dijo al General Marshall, Secretario del Departamento de Estado americano:

"No hay posibilidad de que la Unión Soviética trate con los occidentales en términos razonables en un futuro próximo. La salvación de Occidente depende de la creación de alguna forma de unión de los países de Europa Occidental -de carácter formal o informal- que, apoyada por los EE.UU. y los Dominios, sea capaz de movilizar sus fuerzas morales y materiales, e inspirar confianza y energía mutuas, y proyectarlas hacia el exterior".

A petición de Marshall, John Hickerson, del Departamento de Estado, se presentó al día siguiente en el Ministerio británico de Asuntos Exteriores para tratar de aclarar y precisar las ideas de Bevin. El funcionario con el que habló Hickerson (probablemente Gladwyn Jebb) le dijo que Bevin imaginaba "dos acuerdos de seguridad, uno dentro de un estrecho círculo interior, que incluyera un tratado de alianza entre los EUA, los países del Benelux y Francia; concéntrico y exterior a éste, otro círculo más amplio, con menos compromisos pero, no obstante, con cláusulas de tratado, formado por los EUA y Canadá".

Inmediatamente Marshall le indicó a Hickerson que la participación de los EUA en un acuerdo con garantías militares no era posible. La colaboración americana tendría que limitarse a proporcionar asistencia material a los miembros de un pacto de seguridad de Europa occidental. Por otra parte, hacía sólo 6 meses que Marshall había expuesto su propio Plan, y ya los europeos se habían enzarzado en una discusión sobre quienes y cuánto iban a recibir de una ayuda americana que el Congreso todavía no había autorizado, y menos aún a quien se le iba a asignar. Cuando Marshall regresó a Washington comprobó que su Subsecretario, Robert Lovett, estaba de acuerdo con él en considerar cualquier alianza militar entre los EE.UU., Gran Bretaña y otros países de Europa occidental, cuando menos como prematura. Marshall y Lovett se vieron apoyados en su idea por dos altos funcionarios del Departamento de Estado, de los más capacitados e influyentes, George Kennan y Charles Bohlen. Estaban los dos muy bien situados en el Departamento para ejercer su influencia, dado que ambos eran los principales expertos en asuntos relacionados con la URSS y, además, Bohlen era el encargado de las relaciones entre el Departamento de Estado y el Congreso, Kennan era el Director del Gabinete de Planeamiento Político; Bohlen era además Consejero del Departamento. Como tales, eran superiores, en jerarquía, a los principales defensores -dentro del Departamento de Estado- de una alianza militar, Hickerson y Theodore Achilles. Hickerson era el Director de la Oficina de Asuntos Europeos y Achilles el Director de la División de Asuntos de Europa Occidental.

A comienzos de mayo de 1948, un mes después de terminadas con éxito las conversaciones de máximo secreto sobre el tratado entre los EE.UU., Gran Bretaña y Canadá, nos enteramos en Ottawa que Bohlen mantenía la idea de que un pacto Atlántico podría causar una inconveniente provocación a la Unión Soviética y que el Congreso no estaría dispuesto a correr semejante riesgo en año de elecciones. Sobre Kennan se nos informó que había discutido el tema con Bohlen y que ambos estaban plenamente de acuerdo. Resultaba inconcebible que los EE.UU. fuesen a permanecer impasibles si la URSS realizaba algún movimiento agresivo en contra de cualquier país europeo; los rusos estaban perfectamente enterados de todos estos problemas y el medio más eficaz de disuadirlos de cualquier acción provocadora no era la constitución de un pacto Atlántico, sino el envío de suministros militares a Europa Occidental, por parte de los EE.UU., respaldada esta medida por una resolución del Senado. La Embajada británica en Washington recibió en estas fechas un mensaje de Bevin dirigido a Marshall, en el que se abogaba por un pacto del Atlántico Norte, pero esta propuesta fue tan atacada por Bohlen y Kennan que se prefirió no presentar el mensaje ya que ello podría producir una respuesta indicativa de la falta de entusiasmo, por parte americana, de concluir tal tratado.

Hacia finales de junio, 11 días antes de la apertura de la conferencia de las 6 potencias sobre el tratado (EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda y Canadá) -apertura que tuvo lugar el 6 de julio- Hume Wrong, el bien informado Embajador canadiense en Washington, notificó a su gobierno: "resulta todavía dudoso si el Departamento de Estado está o no plenamente convencido de que el comprometerse en un tratado sea algo deseable... Yo creo que Lovett se inclina hacia él, pero no le satisface plenamente la propuesta. Bohlen todavía se opone, mientras que Kennan parece convertirse en partidario; Hickerson es el más incondicional defensor".

El 9 de julio, el Departamento de Estado se declaró en favor de un tratado, pero hasta siete meses después no fue posible persuadir a dos miembros destacados del Comité de Relaciones Exteriores del Senado que apoyasen un tratado efectivo.

El 14 de febrero de 1949, unos meses antes de que fuese hecho público el texto final del Tratado, Tom Connally, Presidente demócrata del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, declaró en un discurso en la Alta Cámara: "no hay que creer que dando carta blanca se da seguridad - a... (las naciones de Europa). No les podemos decir: "no se preocupen, ha

gan ustedes lo que quieran, en cuanto les ocurra algo acudiremos a pelear a su lado". Nosotros no debemos "vendar nuestros propios ojos y concluir ahora un acuerdo para participar en una guerra que puede ocurrir en los diez años próximos, y enviar nuestros muchachos a luchar a Europa. No, nosotros no debemos... ser un Sir Galhads (+), y siempre que oigamos tronar un cañón, irrumpir en la guerra y tomar partido sin saber cual va a ser nuestra intervención, ni que problemas tratan de solventarse en esa contienda. Hay muchas personas, y nosotros nos hemos tropezado con gente de esta clase en el Gobierno y en muchas otras partes, que están dispuestas a entrar en una guerra declarada por las naciones europeas y en la que nosotros fuésemos los combatientes".

Inmediatamente después de este discurso, Connally y Arthur Vandenberg, que había cesado hacía poco como Presidente republicano del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, le dijeron a Dean Acheson -entonces Secretario de Estado- que el artículo 5, el artículo garante, no debía contemplar la posibilidad de que los firmantes del tratado se prestasen asistencia militar y que en el citado artículo debería quedar claro que sería cada una de las partes la que determinaría, individualmente, que tipo de acción estaría dispuesta a emprender para asistir a un aliado que hubiese sido atacado.

Robert Schuman, el Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, le dijo al Embajador canadiense en París que el contenido propuesto por Connally para el artículo garante carecía de sentido y era inaceptable, por lo que él no firmaría un tratado que no fuese "serio y completo".

El Gobierno canadiense, el 17 de febrero, autorizó a su Embajador en Washington a que informase al Departamento de Estado su opinión respecto al tratado:

"los propósitos del tratado no podrán ser alcanzados por un compromiso tan poco vinculante que, ni siquiera crea una obligación moral de emprender una acción efectiva, sino que se desarrolle como un benéfico donativo de los Estados Unidos. En

(+) N. del A.- Un personaje legendario, un caballero que alcanzó el éxito en la búsqueda del Santo Grial, por la pureza y nobleza de su alma. En este caso la frase "ser un Sir Galhads" podría traducirse por "ser un Quijote".

esto consiste, esencialmente, la propuesta del Tratado del Atlántico Norte, que queda casi a nivel de un pacto de paz como el Kellogg-Briand. Si en el tratado no se especifica una garantía firme y el Senado lo considera como un mero mecanismo solventar las dificultades de los países europeos que no le afecten directamente a los Estados Unidos, su valor se ve -entonces- extremadamente disminuído y nosotros tendremos que reconsiderar nuestra postura, en su totalidad. Puede ser que, a la luz de tal reconsideración, nos veamos obligados a decidir que, comprometerse en otra clase de tratado, con la interpretación que le dan los Estados Unidos, no favorece a los intereses del Canadá, ya que sus garantías no son lo suficientemente directas e inmediatas para que el Gobierno le recomiende al Parlamento nuestra adhesión a tal clase de tratado. Nosotros tomaríamos esta decisión evidentemente con gran pesar, pero no tendríamos más remedio que hacerlo así, por considerar - que es mejor no tener tratado alguno que tenerlo tan endeble y ambiguo que resulta carente de sentido y, por tanto, perjudicial, ya que puede constituir el impedimento de la conclusión de un futuro acuerdo realmente efectivo".

FRANCIA

Acabamos de exponer la profundidad y extensión de la oposición americana a una alianza militar en el Atlántico Norte ¿Cuál era la opinión, sobre este tema, en Francia, en 1948?

El Gobierno francés, todavía a mediados de agosto de 1949 seguía insistiendo en unas conversaciones, sobre el tratado, de las seis potencias, y que lo que era importante no era el tratado en sí, sino dos problemas concretos e inmediatos: el suministro de equipo militar por los EE.UU. a Francia y un compromiso de cooperación de los americanos para rechazar cualquier ataque soviético a Europa, lo más al Este posible del suelo germano. Lovett le informó a Lester Pearson, entonces Subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores en Ottawa, que Henri Bonnet, el Embajador francés, le había dicho a Marshall -a mediados de agosto- que los franceses sólo aceptarían un pacto de seguridad atlántica bajo las tres condiciones siguientes: "Inmediata unidad de mando; inmediato suministro de equipo militar americano a Francia; e inmediato traslado de personal militar estadounidense a territorio francés". De acuerdo con Lovett, esta propuesta "había irritado tanto al General Marshall que... él estaba tentado de

cancelar, inmediatamente, todas las negociaciones referentes al pacto Atlántico". El 24 de agosto Lovett envió un telegrama al Embajador americano en París, que comenzaba "Estamos de los franceses hasta los pelos"(1).

BELGICA

Los puntos de vista franceses fueron aparentemente compartidos, en julio y agosto de 1948, por Paul-Henri Spaak, entonces Primer Ministro y Ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica. El Ministro de Asuntos Exteriores de los Países Bajos le dijo al Embajador canadiense en Holanda que en la reunión de los Ministros de Asuntos Exteriores de las potencias de Bruselas, celebrada en La Haya entre el 19 y el 20 de julio de 1948, "los delegados belga y francés, al referirse a las conversaciones de Washington, manifestaron "nuestros gobiernos estaban, por el momento, menos interesados en una política a largo plazo que en hacer frente a cualquier emergencia en un futuro inmediato".

Dos semanas más tarde nos enteramos en Ottawa que Spaak había manifestado que él consideraba prematuro el pacto de seguridad del Atlántico Norte y que sus efectos de provocación a la URSS no estaban justificados, si uno tenía en cuenta el potencial militar de las naciones del Atlántico Norte. Es posible que Spaak, futuro Secretario General de la OTAN, estuviera entonces meditando sobre si la neutralidad armada de los países europeos occidentales no sería preferible al Tratado del Atlántico Norte.

El Embajador belga en Canadá, a mediados de julio, trató de sonsacarle a Lester Pearson lo que éste supiese sobre el tema. El Embajador decía que él "estaba hablando con carácter completamente personal y que no exponía, en modo alguno, los puntos de vista de su gobierno", una fórmula muy empleada por los embajadores cuando reciben instrucciones de sondear la opinión de un gobierno, acerca del cual están acreditados, sin comprometer a su propio gobierno. El exponía sus ideas "personales" en la forma siguiente: durante dos o tres años un grupo unido y rearmado de países europeos occidentales, sería capaz de mantener su neutralidad frente a la Unión Soviética, en el supuesto de una guerra entre la URSS y los EE.UU. En cualquier tipo de alianza euro-occidental, es esencial incluir a la Alemania del oeste (y, si fuese posible, al conjunto de las dos Alemanias),

(1) En el original "The French are our hair".

ya que los alemanes pueden proporcionar las fuerzas militares más fuertes en contra de la amenaza soviética. Tal neutralidad armada serviría los intereses americanos dado que, si los países de Europa occidental se vieran inmediatamente mezclados en un conflicto entre la URSS y los EE.UU., los americanos podrían verse obligados a acudir en auxilio de estos países en los frentes terrestres y, por tanto, dificultados sus ataques aéreos a Rusia, el único modo, entonces, de derrotar a la Unión Soviética.

¿Qué hizo, pues, posible el nacimiento de la Alianza del Atlántico Norte pese a la inercia, al escepticismo y a la oposición en Washington, París y Bruselas? No pretendo hacer una relación completa de los factores que propiciaron la culminación del proyecto. Presentaré sólo cuatro de ellos: India, Noruega, el Departamento de Estado y Canadá.

INDIA

El Embajador canadiense en Washington informaba a Ottawa, a finales de mayo de 1948, que las dos principales dificultades en la marcha de la negociación del tratado, eran los litigios entre los partidos en los EE.UU. y "la tirantez entre Londres y Washington creada en torno al problema de Palestina". Seguía diciendo Wrong en su informe, "cuando Lovett se presentó en sesión privada ante el Comité de Asuntos Exteriores del Senado en apoyo de la resolución de Vandenberg, fue incluido el tema palestino. Rusk mencionó el otro día el mensaje personal que le envió a Vd. hace unas semanas por mi mediación, exponiendo la necesidad de un entendimiento en el problema de Palestina, si queremos que el pacto de seguridad se concluya, y me ruega que le diga que él continúa en esa opinión".

Si las diferencias de opinión entre los EE.UU. y Gran Bretaña con respecto a Palestina pudieron haber hecho fracasar las negociaciones del Tratado del Atlántico Norte ¿cuál podría haber sido el efecto si se malogra la concesión de independencia a la India por parte de Gran Bretaña? Si la independencia no se hubiese concedido en 1947, los periódicos de los EE.UU. habrían estado, en 1947 y 1948, llenos de noticias y de historias sobre: la masiva desobediencia civil de los indios; el encarcelamiento de Mahatma Gandhi; Nehru y multitud de sus correligionarios; y los amplios desórdenes resultantes de los disparos de las tropas británicas sobre las multitudes. El resultado habría sido, seguramente, un creciente sentimiento antibritánico en los EE.UU. tan grande que hubiese hecho imposible la conclusión de un tratado. Alstair Bucha, en su artículo en "Foreign Affairs", en julio de 1976, declaraba que, "si Clement Attlee no hubiese "desactivado"

unilateralmente el problema indio mediante la concesión de la independencia en 1947, hubiera sido muy difícil mantener una íntima relación anglo-americana después de la guerra".

NORUEGA

Lovett le dijo a los británicos el 7 de febrero de 1948, que la propuesta de Bevin de que los Estados Unidos "entrasen con la Gran Bretaña en un acuerdo general para hacerle la guerra a un agresor" era prematura. Antes de que los americanos se parasen a considerar el papel que ellos podrían desempeñar en apoyo de la Unión Europea Occidental, propuesta por Bevin, habría que tener la evidencia de que existía una auténtica conciencia de unidad entre los europeos occidentales y que tenían una firme determinación de llegar a un convenio, mediante el cual los distintos países de Europa estuviesen preparados para actuar de común acuerdo en su auto-defensa. Más aún, el Gobierno de los EE.UU. no tenía una idea clara de las propuestas de Bevin, ni en lo que podría consistir realmente la Unión Occidental propugnada por él: ciertamente no había información suficiente para poder adoptar una solución óptima. "Están ustedes en efecto, pidiéndonos que empecemos los cimientos del edificio, sin haber visto aún los planos del mismo", les decía Lovett.

Bevin se quejaba de que "es poco probable que el Gobierno británico tuviese éxito en la constitución de una Unión Occidental viable, sin una garantía de seguridad, garantía que sólo puede proporcionar un cierto grado de participación americana... pero... mientras no se llega al pleno funcionamiento de esa Unión, el Gobierno de los EE.UU. no se considera en condiciones de discutir su participación". Los británicos consideraban que los americanos les habían impuesto una tarea imposible. Los EE.UU., a su vez, entendían que los británicos estaban haciendo un "torcido esfuerzo para enredarlos" en "unas alianzas o acuerdos europeos, casi militares", que era lo que, efectivamente, los ingleses estaban tratando de hacer. Se había entrado en lo que llamaba Bevin, en su mensaje del 6 de febrero, un círculo vicioso.

La forma de cómo salir de este círculo vicioso podría conducir a un proceso interminable y el resultado ser otro distinto al tratado de Bruselas y al Tratado del Atlántico Norte. En febrero de 1948, antes del golpe soviético en Checoslovaquia, el Gobierno británico había enviado a Washington a Gladwyn Jebb para tratar de averiguar hasta donde estarían dispuestos a llegar los EE.UU. en el apoyo a un pacto defensivo de Europa.

occidental, y le hicieron volver antes de que hablase con los americanos , "dado que el momento se consideró poco propicio". Ni aún el impacto del golpe comunista en Checoslovaquia -el 25 de febrero- y la muerte de Jan Masaryk, fueron acontecimientos suficientes para hacer cambiar la opinión a la Administración americana. El 8 de marzo, Halvard Lange, el Ministro noruego de Asuntos Exteriores, informaba a los Embajadores de Gran Bretaña y EE.UU. en Oslo, que el Gobierno noruego tenía tener que enfrentarse con los requerimientos soviéticos de un pacto, tan pronto como se hubiese concluido el pacto soviético-finés, o incluso antes. El Gobierno noruego entendía que la URSS confiaba en alcanzar un pacto, no sólo con Noruega , sino también con Suecia, ambos deseados por Moscú. Lange preguntaba - qué ayuda podía esperar Noruega, caso de verse atacada.

El mensaje noruego fue un catalizador. Lo que hasta entonces se consideró poco propicio se convirtió en urgente. A los dos días de recibirse el comunicado de Noruega -tiempo que necesitó Gladwyn Jebb para redactar los telegramas y para que Bevin y Attlee los aprobasen- los británicos le propusieron a los EE.UU. y Canadá una reunión inmediata en Washington de representantes de los tres países, para estudiar la posibilidad de establecer un pacto regional Atlántico de asistencia mutua, al amparo del artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. Todos los países amenazados directamente por un movimiento soviético hacia el Atlántico podrían participar: Noruega, Dinamarca, Islandia, Irlanda, Francia, Portugal, Gran Bretaña, los EE.UU., Canadá y España, una vez que ésta nación estableciese un régimen democrático. El 11 de marzo Canadá aceptaba la propuesta de Bevin; al día siguiente los EE.UU. hicieron lo mismo. Marshall demostró su percepción de la necesidad de una acción urgente, proponiendo que las conversaciones comenzasen a principios de la semana siguiente, esto es, entre el 16 y 17; empezaron el 22 de marzo.

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO

Parece poco probable que el Departamento de Estado se hubiese adherido a la idea de un Tratado del Atlántico Norte de no contar entre su personal con dos eficientes funcionarios, Hickerson y Achilles, que lucharon por la consecución del acuerdo desde finales de 1947, en contra de las dudas, vacilaciones y franca oposición de sus superiores en el Departamento. Cuando Hickerson volvía con Acheson de la ceremonia de la firma del tratado, le dijo éste:

"Bien Jack, creo que este tratado resultará. Si ocurre así, durante generaciones se discutirá en los Estados Unidos sobre quien fue el máximo responsable de su conclusión, pero si fracasa, no habrá ni una maldita duda de que tu lo hicistes".

Una vez que el Departamento de Estado se adhirió a la idea del tratado, desplegó el entusiasmo de un converso en su consecución y, como muchos recién convertidos, quizás se excedió en sus esfuerzos de propagar la nueva fé. Así, durante el curso de las negociaciones, se ejerció una inmensa presión sobre Francia, Bélgica y países nórdicos, apoyada en la amenaza, explícita o implícita, que si no se unían a la alianza, los EE.UU. les restringirían -o le negarían totalmente- el suministro de equipo militar que estos países necesitaban urgentemente para reforzar sus fuerzas armadas.

Pero no sólo con entusiasmo, incluso apoyado en amenazas, podría el Departamento de Estado vencer las renuencias de los países europeos occidentales y actitud remisa del Senado. Afortunadamente para la Alianza, el Departamento de Estado contó, durante las negociaciones, con mucha influencia y poder. En los primeros diez o doce meses de las negociaciones era Secretario de Estado Marshall y Subsecretario Lovett. Dean Rusk manifestaba en 1976 que Lovett fue el "alter ego" de Marshall y que "una combinación como la de Marshall y Lovett al frente del Departamento de Estado no ha sido nunca igualada en nuestra historia y no es probable que se vuelva a repetir".

Lovett y Vandenberg fueron amigos íntimos y estaban acostumbrados a trabajar en estrecha colaboración. Fue Lovett quien persuadió a Vandenberg que apoyase la idea de un tratado y de llevar la resolución Vandenberg al Senado. De no haber sido por la amistad de estos dos hombres, las dificultades de éste empeño habrían sido formidables, quizás insuperables. Marshall y Dean Acheson (que estuvo encargado de las negociaciones en sus dos meses finales, febrero y marzo de 1949) tuvieron el apoyo del Presidente Truman. Truman supo como intimidar o halagar a los senadores renuentes.

Cuando en febrero de 1949 los asesores de Acheson estaban dispuestos a ceder ante las demandas de ciertos senadores que pretendían cercenar el artículo 5 del tratado (su garantía), Truman rehusó hacerlo. Decía el Presidente que, sólo si lo fuese "absolutamente necesario después de una fuerte lucha" debería la Administración acceder a omitir la referencia

en el artículo 5, al posible empleo de la fuerza armada; él personalmente habló con Connally. El 18 de febrero, al día siguiente de su conversación con Connally, Acheson se aseguró la aceptación provisional, por parte del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, del texto del polémico artículo, acordado por el Comité negociador de siete potencias el 24 de diciembre de 1948, con un cambio: las palabras "la acción que juzgue necesaria, incluso el empleo de la fuerza armada", deberían ser sustituidas por "la acción militar u otra acción... según sea necesario".(†)

CANADA

Como canadiense, yo quiero creer que uno de los factores que influyó en el éxito de las negociaciones para concluir el Tratado del Atlántico Norte fue el pleno apoyo que el Gobierno del Canadá prestó a este proyecto, desde mediados de marzo de 1948 en adelante, apoyo expresado en conferencias públicas y en discusiones confidenciales con otros gobiernos. Cuando la Administración de los EE.UU. vacilaba en comprometerse en este proyecto de tratado, tanto Canadá como Gran Bretaña le expusieron a los americanos argumentos en favor del mismo. Cuando Francia y Bélgica titubeaban en aceptar este compromiso, Canadá expresó, mediante extensos mensajes a los gobiernos de estos países, que sus intereses nacionales se verían servidos positivamente con la conclusión de un tratado.

Hasta qué punto los argumentos y esfuerzos del Canadá en pro del tratado hayan surtido sus efectos en París y Bruselas, yo no lo sé. Lo que sí sé es que, al menos en un funcionario del Departamento de Estado, y muy importante, por cierto, si tuvieron efecto nuestros puntos de vista.

Louis St. Laurent era Ministro de Asuntos Exteriores de Canadá o Primer Ministro, durante la negociación del tratado. Desde marzo a junio de 1948, cuando todavía la Administración de los EE.UU. no estaba decidida en favor del acuerdo, St. Laurent defendió el proyecto en siete discursos públicos. Dijo por entonces que él estaba dirigiendo "una cruzada... para la conclusión de una Unión Occidental o un pacto regional del Atlántico

(†) N. del T.- Sin embargo en el artículo 5 del texto del Tratado tal como se firmó en Washington el 4 de abril de 1949, figura la primera frase, "la acción que juzgue necesaria, incluso el empleo de la fuerza armada".

Norte". La conversación de George Kennan se debió, al menos en parte, a St. Laurent. El 24 de mayo Kennan le decía a Marshall que el discurso de Sr. Laurent del 29 de abril había añadido un "nuevo e importante elemento" al problema de un pacto de seguridad del Atlántico Norte y que él ya no seguiría oponiéndose a tal proyecto.

¿Es posible sacar una moraleja de la historia del milagroso nacimiento de la Alianza del Atlántico Norte? Yo creo que sí se puede; como dijo Robert Lovett "si la política interior es el arte de lo posible, la política internacional puede definirse como el arte de lo casi imposible" (1).

Mi generación construyó la Alianza del Atlántico Norte como una respuesta parcial e imperfecta a alguna de las amenazas que se ciernen sobre el mundo occidental. Otra generación debe decidir que nuevas líneas de pensamiento, que nuevas políticas interiores y exteriores, que nuevos acuerdos internacionales e instituciones, se requieren para dar una respuesta creativa a las amenazas a las que ahora se enfrenta el mundo, amenazas y desafíos a los que sólo se puede responder practicando el arte de lo casi imposible.

(1) "Foreing Relations of the U.S. 1948, volumen III, pág. 229.